

2008-01-01

¿Los medios de comunicación pueden controlar tanto como dicen? comunicación, educación, autonomía y espíritu crítico

Juan Carlos Rivera Venegas

Universidad de La Salle, Bogotá, jrivera@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/ruls>



Part of the [Arts and Humanities Commons](#), [Education Commons](#), and the [Public Affairs, Public Policy and Public Administration Commons](#)

Citación recomendada

Rivera Venegas, J. C. (2008). ¿Los medios de comunicación pueden controlar tanto como dicen? comunicación, educación, autonomía y espíritu crítico. *Revista de la Universidad de La Salle*, (47), 174-184.

This Artículo de Revista is brought to you for free and open access by the Revistas de divulgación at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in *Revista de la Universidad de La Salle* by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.

¿LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN PUEDEN CONTROLAR TANTO COMO DICEN?

COMUNICACIÓN, EDUCACIÓN, AUTONOMÍA Y ESPÍRITU CRÍTICO

Juan Carlos Rivera Venegas¹

Evidentemente, el sujeto también tiene un carácter existencial porque es inseparable del individuo, que vive de manera incierta, aleatoria y se encuentra, desde el nacimiento y hasta la muerte, en un entorno incierto, a menudo amenazador u hostil.

Edgar Morin

A pesar de los esfuerzos de la “propaganda y de todos los intentos por controlar el pensamiento y fabricar el consenso” (Chomsky, 2007, págs. 165-166), lo que se puede denominar un conjunto de signos de efecto civilizador, a través de los poderes: políticos que buscan el coordinar a los individuos y regular los patrones de su interacción; los coercitivos, que con el uso efectivo o la amenaza de la fuerza física, tienen la intención de defender el ejercicio del poder político, ya sea para la conquista, la amenaza, controlar un desorden o una desobediencia; y los simbólicos, cuya tarea es difundir formas simbólicas que persiguen cultivar y sostener una creencia en la legitimidad del poder político, según planteamiento de Thompson (1998, p. 32), haciendo alusión a autores como Max Weber, no se puede afirmar que tales creencias, controles y esfuerzos cumplen cabalmente su cometido.

Y no lo hacen porque hay quienes crítica y objetivamente se preguntan si será necesario que los miembros de la sociedad compartan ese consenso y si será necesario que lo compartan para que el poder político logre estabilidad y efectividad.

Las respuestas a estas preguntas pueden llegar a demostrar que se hace imprescindible que todos los sujetos desarrollen una capacidad crítica y que asuman una posición abierta para poder reflexionar y analizar situaciones como esta, en aras a su comprensión, y hasta resignificación,

¹ Docente y coordinador del Área de Cultura Religiosa, del Departamento de Formación Lasallista. Universidad de La Salle, Bogotá.

y que cuenten con instrumentos para asumirse como sujetos de la historia. Es urgente que crezca el escepticismo sobre el poder, aquel que puede controlar nuestras vidas. Es vital que la comunicación y los medios sean tema de discusión en la experiencia educativa. Es necesario que se piense al servicio de quién, de qué cosa está el tiempo educativo. Es fundamental reconocer que es preciso defender el derecho que tiene el educando a preguntar, a refutar, a cuestionar, a comunicarse. El presente escrito tiene el propósito de incitar a que ello sea una realidad a partir de una práctica pedagógica, intencionada en aprovechar la comunicación como actividad dialógica en la escuela.

La cultura crea a los individuos que necesita para perpetuarse en el tiempo, y lo hace a través de actividades productivas, transmisoras y receptoras de formas simbólicas significativas (Thompson, 1998, págs. 33-34), entre otras. Los individuos nos expresamos de forma simbólica e interpretamos las expresiones de los demás, comprometidos así en la comunicación entre unos y otros, e intercambiando información y contenido simbólico. En este cometido,

prosigue Thompson, se emplean varios tipos de recursos, los cuales designa en sentido amplio: "medios de información y comunicación".

De esto se desprende el poder simbólico, que es:

la capacidad para intervenir en el transcurso de los acontecimientos, para influir en las acciones de los otros y crear acontecimientos reales, a través de los medios de producción y transmisión de las formas simbólicas (Thompson, 1998, p. 34).

Ahora, el asunto es preguntarnos si se concuerda o no con el contenido de esas actividades productivas, transmisoras y receptoras, y si somos conscientes del fin de su intencionalidad y compartimos su fruto, el modelo al que ellas atinan. Sobre este punto en particular, (Chomsky, 2007, págs. 137-138) introduce su planteamiento acerca del control de los medios de comunicación, en el libro *El control de nuestras vidas*, definiendo democracia con tres conceptos distintos: uno afirma que la gente tiene los recursos necesarios para participar de manera significativa en la gestión de sus asuntos particu-



lares; otro, que los medios de información son libres e imparciales; y una tercera alternativa, es la que promulga que no debe permitirse que la gente se haga cargo de sus propios asuntos, a la vez que los medios de información deben estar fuerte y rígidamente controlados.

Para justificar esta última opción, el mismo autor hace un recorrido histórico con el que intenta demostrar cómo esta noción de democracia se desarrolla, y “sobre el modo y el por qué el problema de los medios de comunicación y la desinformación se ubican en este contexto” (Chomsky, 2007, p. 138). En síntesis, muestra por ejemplo, cómo con un manejo de la propaganda una población pacifista termina en poco tiempo convencida de que habría que ir a la guerra para salvar el mundo —mostrándole atrocidades no del todo ciertas—, y cómo esta técnica exitosa luego se replica para destruir sindicatos, eliminar la libertad de prensa o de pensamiento político. En esta tarea participan poderes financieros y empresariales, y los medios de comunicación.

Lo que se estaba gestando allí era algo que hoy el mercadeo, la política, el capitalismo, algunas religiones, infinidad de instituciones usan, tal vez de manera imperceptible por muchos. Según Chomsky (2007 p. 141-142), aquello que Walter Lippmann llamaba *revolución en el arte de la democracia*, podía utilizarse para *fabricar consenso*, en otras palabras: que la gente aceptara algo que inicialmente no era aceptado. Y esto era posible ya que *una clase especializada de hombres responsables*, lo suficientemente inteligentes como para comprender y resolver los intereses comunes, actuaba sobre unas masas estúpidas a las que conducirían a “un futuro en el que estas son demasiado ineptas e incompetentes para imaginar y prever nada por sí mismas”.

Esto, respaldado por la teoría de Lippmann sobre la democracia progresiva, según la cual, en una democracia con un funcionamiento adecuado hay distintas clases de ciudadanos:

En primer lugar, los ciudadanos que asumen algún papel activo en cuestiones generales relativas al gobierno y la administración. Es la clase especializada, formada por personas que analizan, toman decisiones, ejecutan, controlan y dirigen los procesos que se dan en los sistemas ideológicos, económicos y políticos, y que constituyen, asimismo, un porcentaje pequeño de la población total... (en este selecto grupo) se habla primordialmente acerca de qué hacer con aquellos otros, quienes, fuera del grupo pequeño y siendo la mayoría de la población, constituyen lo que Lippmann llamaba *el rebaño desconcertado* [...] con una función en la democracia [...] ser *espectadores* en vez de miembros participantes de forma activa (Chomsky, 2007, p. 143).

Bauman (1999) habla de la existencia de este “rebaño” en términos de “vagabundo”, aquel alejado de alcanzar muchos derivados de la globalización y que sufre de “segregación, separación y marginación social progresiva” (p. 9), y también de la clase especializada, en términos de “turista”, que es quien tiene movilidad (globalizado), no está sujeto ni al tiempo ni al espacio, cuenta con riqueza económica, e impone las reglas del juego. “no hay turistas sin vagabundos, y aquéllos no pueden desplazarse en libertad sin sujetar a estos ...” (p. 123).

Así las cosas, no es de extrañar que veamos por doquier actitudes conformistas, apáticas o desesperanzadas en la gente del común. Ello se refleja en situaciones como esta: mientras la gente

deposita todas sus expectativas en la buena voluntad de quien designa como su representante, en quien confía y por ello se desentiende de su actuar, este elegido no muestra responsabilidad alguna por sus electores una vez logra su cometido. Entonces, mientras unos sienten participar de una democracia, los otros esperan que satisfecha esa necesidad, terminen de espectadores pasivos de la acción. Ahí aparece la mala política, que con sus consecuencias hacen que aumente el desencanto entre los ciudadanos, mientras los políticos de oficio:

destrozan la *cosa pública*, erosionando, cada vez más, la confianza en las instituciones de Estado y menoscabando el interés general por defender lo público, para terminar haciendo de la política un espectáculo mediático que se nutre, recurrentemente, del escándalo, de la simulación de debates y discusiones acerca del interés común, o de la fabricación de imágenes y contraimágenes que se sostienen o se desmoronan dependiendo de la habilidad en el uso y manipulación de las lógicas y lenguajes propios de los medios de comunicación masiva (Valencia, 2006, p. 68).

Pero irónicamente, cuando miembros de esa masa perciben que han sido descuidados, en lugar de reaccionar exigiendo legitimidad, que no es otra cosa que atiendan sus intereses, terminan siendo indiferentes y pasivos ante el abuso, perpetuándose la situación.

Desde esta perspectiva se entiende la afirmación de Reinold Niebuhr:

la racionalidad es una técnica, una habilidad, al alcance de muy pocos; solo algunos la poseen, mientras que la mayoría de la gen-



te se guía por las emociones y los impulsos. Aquellos que poseen la capacidad lógica tienen que crear *ilusiones necesarias y simplificaciones acentuadas* desde el punto de vista emocional, con objeto de que los bobalicones ingenuos vayan más o menos tirando (o comprando, o actuando como otros quieren, agregaría yo), (en Chomsky, 2007, p. 146-147).

Por eso la efectividad de los eslóganes de las relaciones públicas, cuando estos no pueden recibir oposición, sino que al contrario, todo el mundo resulta a favor. Precisamente su fin es distraer del sentido y significado real. Para Chomsky (2007, p. 153) es claro: quien se dedica a las relaciones públicas está intentando inculcar los valores correctos a partir de la idea de que una clase privilegiada está entrenada para trabajar para los dueños de la sociedad, mientras al resto de la gran población se le priva de toda forma de organización para que no cause problemas.

De ahí que se termina asumiendo que la vida es poder tener esto y aquello que ofrece la sociedad de consumo. Por eso se añora lograr el modelo de vida que está dado en la pantalla de la televisión, por el relato de turno. Por eso el apoyo a políticas represivas que pueden liberarnos de un temor que ha sido infundido. Distráidos

y marginados, el sistema funciona. El consenso lo logran quienes tienen los recursos y el poder para hacerlo, “-la comunidad financiera y empresarial- y para ellos trabajamos” (Chomsky, 2007, p. 156), alimentando con él, la apatía, la obediencia y la pasividad.

Sin embargo hay una cultura disidente, que la escuela debe apoyar y ayudar a incrementar. No para protestar o criticar simplemente. Es una multitud de gente que se compromete a fondo con las vidas de quienes pierden la ilusión de vivir; con quienes basan su felicidad en el tener, atrapadas en un vacío existencial; con quienes venden su conciencia al mejor postor, sin limitaciones éticas; con quienes requieren encontrar un significado a su existencia, pues la desesperanza y la frustración las ahoga.

Entonces la pregunta es: ¿cómo hacer ese trabajo activo desde la educación? Y la respuesta es, en primera instancia: **profundizando la característica más destacada de la comunicación de masas**. Thompson (1998, p. 44) afirma que esta no viene dada por el número de individuos que reciben los productos, sino por la disponibi-

lidad de estos a una pluralidad de destinatarios. Aunque reconoce que comúnmente se concibe a la masa como:

un vasto mar de individuos pasivos e indiferenciados (y que el desarrollo de los medios de comunicación ha tenido un largo y negativo impacto sobre la vida social moderna), creando un tipo de cultura blanda y homogénea que entretiene a los individuos sin desafiarlos, que cautiva su atención sin requerir sus facultades críticas, que les ofrece una gratificación instantánea sin cuestionar las bases en las que se basa semejante gratificación (Thompson, 1998, p. 44).

Resalta, sin embargo, que se debe abandonar

la suposición de que los destinatarios de los productos mediáticos son observadores pasivos cuyos sentimientos han estado permanentemente aletargados por la continua recepción de mensajes similares [...] (no es un) proceso carente de perspectiva crítica a través del cual los productos son absorbidos por los individuos, como la esponja absorbe el agua (Thompson, 1998, p. 45).



Para por último rematar diciendo, que las actividades receptoras actualmente son otras y existen unas “complejas formas en que los productos mediáticos son aceptadas por los individuos, interpretadas por ellos e incorporadas a sus vidas” (Thompson, 1998, p. 45).

Ello ya permite vislumbrar una mirada distinta a la amenaza.

Un segundo elemento fundamental para pensar en el manejo que se ha de dar a la comunicación en la educación es el que se sustenta desde la ciencia y que afirma que **el hombre es un ser en permanente evolución y que sus percepciones sensoriales**: oído, vista, olfato, tacto, no siempre han sido lo que son hoy. La estructura actual es la consecuencia de siglos de acomodación. En otras palabras: “Los sistemas perceptivos e instintivos del hombre se modifican constantemente de acuerdo a las realidades ambientales” (Gutiérrez, 1979, págs. 30-31). Este autor ya afirmaba en su libro *El lenguaje total* que la técnica viene originando cambios profundos en las condiciones vitales del hombre, y que estos cambios, estímulos y sollicitaciones ambientales están dotados de un ritmo y una aceleración sin precedentes. Se consolida una sociedad con una estructura menos petrificada. Citando a Friedmann, autor del libro *El hombre y la técnica*,

nadie puede dudar que el psiquismo del hombre y, en particular, sus maneras de sentir, percibir, imaginar y querer han sido alcanzados por la presión, tan rica y variada del medio, así transformado, y por la necesidad incesante de reaccionar ante tal presión (en Gutiérrez, 1979, p. 31).

Un tercer factor es la consideración que hay que tener de la **posible desubicación del estudian-**

te en la escuela tradicional. No ha sido fácil dominar los nuevos lenguajes e integrarlos a la nueva cultura. La concepción espacial y temporal es distinta hoy. Se tiene la posibilidad de –estar– en todas partes. Los límites geográficos se han ampliado. Hoy somos ciudadanos del mundo. “La imagen móvil obliga al joven a vivir tanto el pasado como el futuro en un presente inmediato” (Gutiérrez, 1979, p. 35).

De ahí la importancia de responder a esta dicotomía: “tenemos que decidir si entramos en esa nueva aula abierta para influir en nuestro ambiente total o bien si consideramos a la escuela como el último baluarte para contener el torrente de los medios” (McLuhan, *Contraexplosión*, en Gutiérrez, 1979, p. 36). La supervivencia de la escuela depende de esta decisión. De ahí la importancia de ofrecer un conocimiento básico de los lenguajes de los medios de comunicación.

Además, prosigue Gutiérrez (1979 p. 38-39), es fundamental tener en consideración que al sujeto que se educa no es el animal racional definido por Aristóteles, ni el ser abstracto ni el hombre infantilizado lleno de potencialidades en germen que esperan la mano del especialista que las hará florecer y germinar. Este acto podría matar la espontaneidad y creatividad del educando. La escuela no puede desarraigar a los estudiantes de su realidad encerrándolos en muros acogedores. Fuera hay una red de infinitud de estímulos, condicionamientos y provocaciones sensoriales. El hombre cambia con su entorno. Por ende hay que buscar educar a ese hombre en situación, al hombre existencial.

Las experiencias educativas del hombre existencial no pueden sistematizarse y mucho menos institucionalizarse. La educación que dé

sentido a la vida ha de basarse mucho más en la misma vida. Corremos el riesgo de fracasar al sacar al educando de la vida para encerrarle en el "laboratorio" de la escuela. Las instituciones existenciales cambian con muchísima más rapidez que las instituciones (Gutiérrez, 1979, p. 39).

Tenemos que educar en la vida, no simplemente en un laboratorio. El desarrollo del espíritu crítico sólo se puede dar enfrentando y confrontando esa realidad, interpelando el contexto.

De ahí el valor de favorecer el que se tenga la oportunidad, el espacio y el ambiente propicio para que estudiantes y docentes se den a conocer; que comuniquen su interioridad y lo que les rodea. Únicamente en un ambiente de confianza y libertad será posible esa espontaneidad. Según La Salle, sólo entonces se podrá hacer una intervención pedagógica adecuada, (en Alcalde, 1961, p. 381). En la propuesta de La Salle, "se educa por la relación y el clima de encuentro que se crea; no por el dogmatismo" (Gallego, 1986, p. 47).

Un cuarto factor tiene que ver con la **comunicación educativa**. "Si bien es cierto que los medios de comunicación de masas han sido y son empleados como instrumentos de opresión y alienación, con todo intrínsecamente son medios excelentes de comunicación que adquieren su sentido más pleno en el contexto de una comunicación dialógica" Gutiérrez (1979, p. 44), de donde debe haber preocupación por hacer de la comunicación algo libre, bidireccional, susceptible de respuesta. Aunque se puede hablar de incomunicación, atribuyendo el fenómeno a la "desnaturalización de la comunicación, originada en el hecho de que los medios de información son voceros unilaterales de los grupos

minoritarios que [...] se adueñaron de ellos" (Gutiérrez, 1979, p. 46), ello es reducir los medios de comunicación a medios de información, una perversión del proceso. La comunicación es diálogo. El receptor debe poder hablar; no puede ser "una masa unificada por la mudez". Es por tanto un desafío de la escuela establecer una comunicación más intensa, más viva. Tiene que favorecerse la constitución de un sujeto que se expresa y participa. Un sujeto que encuentra los medios adecuados para compartir intereses y aspiraciones, preocupaciones y logros.

Tanto más rica y fructífera será una metodología cuanto más posibilidades de autoexpresión ofrezca al educando. En esto juega papel importante la diversidad de canales a los que se pueda recurrir. Si a más del lenguaje tradicional (oral y escrito) el joven puede recurrir para expresarse a formas plásticas (...), y sonoras [...] o la síntesis de todas ellas, tanto mejores y más valiosos serán los resultados (...). Cada individuo pondrá en común su propia y característica visión del mundo para que sea "criticada" científicamente. Esta intercomunicación constituye una de las formas más auténticas de educación (Gutiérrez, 1979, p. 48-49).

Esto ha de favorecer intencionalmente la espontaneidad, pues si por el contrario hay inhibición, no habrá comunicación y se origina el aburrimiento y la frustración.

Freire (2003 págs. 19-20) destaca esta necesidad de autoexpresión desde su planteamiento de la búsqueda del ser más. Hombre y mujer, como seres históricos, se hacen y rehacen socialmente. Es la experiencia social la que en última instancia nos hace. En cuanto seres históricos, somos incompletos, inacabados e inconclusos;

sin embargo, a pesar de que no somos la única especie en tales condiciones, sí somos los únicos que inventamos la existencia humana, y gracias a la invención de la sociedad y la producción del lenguaje fue que logramos comprender que somos interminados, inacabados, y ahí reside precisamente la posibilidad de la educación.

Y si consideramos esto como un fenómeno social, debemos reconocer que: “las interacciones entre los individuos producen la sociedad, pero la sociedad con su cultura, sus normas, retroactúa sobre los individuos humanos, y los produce en tanto individuos sociales dotados de una cultura” (Morin, 2001, p. 131).

La escuela es creación de una sociedad que busca perpetuarse. Por ende, la escuela no es neutra; su estructura es producto de una política estatal y sus programas son vehículos de una ideología. Ello debe ser claro para docentes y educandos. Pero además, la escuela puede llegar a ser obstáculo para el desarrollo de la propia persona. Allí algunos no están encontrando solución a los problemas sino que se provocan nuevos mayores conflictos, que aunque en principio podría en algunos casos ser positivo, pues no se desconoce que hay crisis e incertidumbres que favorecen el crecimiento, también hay que reconocer que en otros casos es grave y desconcertante.



Un quinto elemento es la **comunicación pedagógica**, en donde no es el centro la trasmisión de conocimientos sino las técnicas de conducción de grupos, de compromiso personal, de investigación y de creatividad, lo que prueba que la educación es un proceso de comunicación. La consecuencia de esa dialogicidad es la transformación del mundo; el valor de los instrumentos y las técnicas de comunicación está dado por su relación con el hombre, pues es un proceso eminentemente humano (Gutiérrez, 1979, p. 52-53).

Siempre debe haber un –espacio peculiar del educando–, donde pueda vivir la experiencia de la creatividad y de la libertad responsable. Donde pueda vivir el desafío de compartir sus sueños con los de sus compañeros, y donde pueda entregar lo mejor de sí mismo (Documentos II CELAM, Medellín, en Morales, 1990, p. 477).

Los medios han de facilitar su capacidad de autoexpresión y por ende la realización de su quehacer histórico. El ser comunicativo lo hace vivir profunda y plenamente en un mundo que es el suyo y que los medios ponen a su disposición. Sin embargo, ha de ser consciente de que la realidad puede presentársele en ocasiones de manera deformada. Es papel del maestro alertar al educando de este hecho, haciendo uso de esos mismos medios pero con otro fin. Debe irrumpir la noción de que los medios de comunicación están concentrados en poderosos intereses económicos y políticos, en ocasiones indiferentes y hasta contrarios a las auténticas aspiraciones humanas (Gutiérrez, 1979, p. 53-56).

Emerge como propuesta que persigue esta sensibilización y toma de conciencia, la pedagogía llamada *lenguaje total*, que no es otra cosa que:



“la necesidad y urgencia de educar a los receptores en los lenguajes propios de cada uno de los medios técnicos de comunicación, dando énfasis a los estudios semióticos a fin de ofrecer a cada educando los instrumentos necesarios que le defenderán contra la masificación y mistificación tan características de quienes “consumen” técnicas de comunicación en forma pasiva. Dominando la semiótica y la creatividad el hombre reducirá las probabilidades de ser un mero “objeto” a merced de las fuerzas externas, y aumentará como “sujeto” las probabilidades de dominarlas, permitiéndole ser un “consumidor” inteligente, selectivo y crítico de los medios de comunicación social”².

Educadores y educandos se descubren como seres curiosos, buscadores, indagadores inconclusos, capaces de captar y transmitir el sentido de la rea-

lidad. “Es en el propio proceso de inteligibilidad de la realidad que la comunicación de lo que fue inteligido se vuelve posible [...] La comprensión implica la posibilidad de transmisión (de ahí la tarea del educador), ayudar a los educandos a constituir la inteligibilidad de las cosas, ayudarlos a aprender a comprender y a comunicar esa comprensión a los otros” (Freire, 2003, p. 25).

Un sexto elemento es la **comunicación y aprendizaje**. Tiene que ver, según Gutiérrez (1979, p. 59), con la necesidad de que el perceptor además de percibir el estímulo, lo interprete o decodifique. Aprendizaje hay cuando se da respuesta o cambio de conducta. Pero el mero hecho de -interpretar- o -apropiarse- de un saber no es suficiente para hablar de aprendizaje auténtico. “Sólo puede llamarse auténtico al saber que, en sí mismo y por sí mismo, es transformador y productivo” (Castilla del Pino, en Gutiérrez, 1979, p. 61).

² Comunicación Social y Educación, colección Iglesia Nueva, No. 11, Bogotá, 1971, en Gutiérrez, 1979.

Educación será por lo tanto un reaccionar (responder) creativamente del educando. En otras palabras, es desarrollar una capacidad de reacción frente a los demás y al mundo que nos rodea. Es lograr que el hombre sea capaz durante toda la vida de interrogarse y encontrar las respuestas adecuadas para transformar la realidad. En resumen, que no sean "hombres espectadores sino recreadores del mundo [...] (lo que exige considerar) que la misión del maestro no es tanto de enseñar cuanto de movilizar, comprometer, adaptar, motivar, animar (Gutiérrez, 1979, p. 63).

Según Edgar Morin, existe una dimensión cognitiva llamada computacional. La computación tiene que ver con el tratamiento que damos a estímulos, datos, signos, símbolos, mensajes, etc., que nos permiten interactuar y conocer tanto el universo interno como el externo. Esta su importancia: "El cómputo es el acto por el cual el sujeto se constituye ubicándose en el centro de su mundo para analizarlo, considerarlo, llevar a cabo en él todos los actos de resguardo, protección, defensa, etcétera" (Morin, 2001, p. 132).

De ahí la necesidad de cuestionar quién hace esa computación, pues se supone que es hecha de sí mismo, por sí mismo y para sí mismo. Sin embargo, hay un principio que el mismo autor llama incertidumbre, y que cuestiona quién habla cuando uno habla, quién habla realmente.

¿A través de mi "yo", hay un "nosotros" que habla (la colectividad cálida, el grupo, la patria, el partido al que pertenezco)?, ¿hay un "se" que habla (la colectividad fría, la organización social, la organización cultural que me dicta mi pensamiento, sin que yo lo sepa

(...)?, o ¿un "eso" una maquinaria anónima infrapersonal, habla dándome la ilusión de que soy yo mismo el que habla? No sabemos hasta qué punto "yo" hablo, hasta qué punto "yo" hago un discurso personal y autónomo o hasta qué punto, bajo la apariencia de que yo creo ser personal y autónomo, no hago otra cosa que repetir ideas impresas en mí (Morin, 2001, págs. 138-139).

En conclusión, el desafío es asociar la comunicación y la educación para contribuir asertiva y eficazmente en la constitución del sujeto; considerar que este es un ser complejo, producto y productor, persona e individuo, que en el mundo filosófico se vuelve trascendental, que depende, que tiene debilidades e incertidumbres, que con otros y gracias al lenguaje crece y se desarrolla, y que consciente de su inacabamiento se da a la tarea de educarse. El maestro por tanto, lejos de creerse dueño de la verdad, reconoce en sus estudiantes, sujetos, seres con quienes comparte visiones, conocimientos, proyectos y sueños; no impone, sino que emprende junto con ellos la tarea de hallar sentido a la realidad, renovar saberes, cuestionar lo que afecte negativamente al mundo y buscar mejorar la calidad de vida de todos.

El reto es colaborar con el desarrollo del espíritu crítico, para lograr lo que Freire (1997, p. 81) llama: expulsar al opresor de dentro del oprimido, para sustituirlo por autonomía y responsabilidad.

La llave comunicación-educación es un acto dialógico en el que sujetos se encuentran, convencidos de que juntos pueden entender mejor su realidad y que aunando esfuerzos la pueden enfrentar y gozar, en aras de un **bienestar común**.

BIBLIOGRAFÍA

- Alcalde, C. (1961). *El maestro en la pedagogía de S.J.B. De La Salle*. Madrid: Marqués de Mondéjar.
- Bauman, Z. (1999). *La Globalización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Chomsky, N. (2007). *El control de nuestras vidas*. Bogotá: Fundación para la educación y la cultura.
- Freire, P. (2003). *El grito manso*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Freire, P. (1997). *Pedagogía de la autonomía*. México: siglo xxi editores.
- Gallego, S. (1986). *Vida y Pensamiento de San Juan Bautista De La Salle*. Madrid: Biblioteca de autores cristianos (BAC).
- Gutiérrez, F. (1979). *El lenguaje Total*. Buenos Aires: Humanitas.
- Morales, A. (1990). *Espíritu y vida El ministerio educativo lasallista*. Bogotá.
- Morin, E. (2001). *La cabeza bien puesta*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Thompson, J. (1998). *Los media y la modernidad*. Paidós.
- Valencia, D. (2006). ¿Es posible recuperar el sentido de la política? *Escribanía no. 16 Universidad de Manizales junio*, 67-77.

